

cía difícil comer agachada, no quise advertírselo antes de probar; y probé, pero en mi vida estuve más incómoda que sentada en aquellos cojines; me dolían las piernas; ya me apoyaba en el codo, ya en el brazo extendido con la mano abierta sobre el tapiz; al fin, levantéme renunciando á comer y sin que D.^a Teresa reparara mi desazón, porque sin duda creía que las francesas comemos también como las españolas, en el suelo.

Pero D. Fernando de Toledo, más advertido, se levantó de la mesa, y otro tanto hizo D. Federico de Cardona, lle-gándose ambos á rogarme que me sentase á la mesa. Yo no quería otra cosa, pero era necesario que D.^a Teresa se sentara también; pero ella no se atrevía por causa de los hom-bres, y no levantaba los ojos más que á hurtadillas. D. Agus-tín le rogó que se acercara y comiéramos juntos todos aquel día, para probarme lo muy satisfechos que con haberme re-cibido estaban. Pero fué cosa de risa ver cómo aquella joven española estaba en la silla no menos incómoda que yo en el suelo; confesónos con incomparable ingenuidad que hasta entonces nunca se había sentado en una silla, y que no ha-bía imaginado nunca que llegara ocasión de hacer tal cosa. La comida fué agradable y alegre, y parecióme que nada más podía pedirse á la delicada manera que de tratarme tu-vieron en aquella casa. En recuerdo di á D.^a Teresa cintas, horquillas y un abanico; y tan bien le parecieron que hizo, encantada, más extremos que si hubiera recibido un valioso regalo. Sus frases de agradecimiento no eran vulgares, y nada se descubría en ellas de interesado ni fingido. Verda-deramente, hasta en las más triviales circunstancias brilla el singular ingenio de las personas en este país.

Al salir de aquella casa vimos llegar dos carrozas tiradas por seis mulas cada una, que se acercaban al galope, y más rápidamente que si briosos caballos fueran. Sin verlas no hubiera creído que las mulas anduvieran tanto, y después de haberlas visto no me sorprendió poco ver de qué modo ve-nían los tiros. Entre las dos carrozas y las doce mulas ocu-paban por lo menos un cuarto de legua en el camino. Una de las carrozas tenía seis cristales grandes y estaba cons-

truída como las francesas, excepto la imperial que resultaba muy baja y por consecuencia incómoda. En el interior había una cornisa de madera dorada tan grande como la de un aposento, y todas las partes externas estaban doradas, lo cual sólo se permite á los Embajadores y á los extranjeros. Las cortinas son de damasco forrado, y el cochero monta sobre una mula delantera, dejando vacío el asiento que le corresponde; y habiendo yo preguntado á D. Federico de Cardona el por qué de tal extrañeza, respondiíme que se había generalizado esta costumbre desde un día en que oyó el cochero del Conde-Duque de Olivares una confidencia secreta que hacía su señor á un amigo, y habiéndola revelado el cochero dió lugar á un asunto ruidoso, pues hasta descubrirse la verdad el Conde-Duque culpaba de infiel á su amigo, y después de averiguada se convino en admitir como precaución que los cocheros montaran en la primera mula. Los tiros son de seda ó de cuerda, tan sumamente largos que las mulas distan entre sí más de tres varas. Yo no comprendo cómo en tales disposiciones pueden correr tanto; bien es verdad que si bien en campo abierto galopan, en las calles andan muy despacio, y es la cosa más aburrida del mundo ir así en coche, contando el pausado andar de las bestias. Mi parienta iba en la primera carroza con tres damas españolas. Los escuderos y los pajes iban en la otra, que no reunía las mismas condiciones, teniendo portezuelas como las nuestras antiguas, de las que se abren cayendo hacia abajo, de modo que cuando las damas quieren apearse deseando no enseñar el pie, se bajan las portezuelas hasta el suelo, permitiendo que se oculten los zapatos. Dábanle luz unos vidrios como dos veces la palma de la mano; la imperial de la carroza estaba cubierta con una funda de barragán gris con grandes cortinas de la misma tela que pendían al exterior, y prendidas abajo con grandes botones. Todo contribuye á formar un desastroso conjunto, y se va encerrado en tal vehículo como en un baúl.

Mi parienta vestía medio á la francesa medio á la española, y hablaba de un modo análogo, mezclando palabras de ambas lenguas con otras inglesas ó italianas; pero no sufre

que se lo adviertan, pues abriga la convicción de que aún domina como en otros tiempos el idioma de nuestra patria, del que pudo ser maestra, y funda tan erróneo juicio en que no deja de hablar francés con sus doncellas y con los Embajadores y extranjeros, que todos lo hablan. Pero, á pesar suyo, exprésase muy mal, sin advertir que no se puede conocer bien una lengua que todos los días cambia y progresa lejos del país á que pertenece y donde continuamente se modifica.

Las damas que con ella iban parecióronme de veras hermosas y amables. Mi parienta y yo, alegres al vernos, besámonos, y todos emprendimos el camino hacia Madrid. Antes de llegar, atravesamos una arenosa llanura de cerca de cuatro leguas, llena de baches y hoyos, donde se hundían con excesiva frecuencia las carrozas; todo el campo es árido y desnudo; apenas algún árbol se levanta sobre la seca tierra. La villa de Madrid está en Castilla la Nueva y ocupa el centro de España. Hace más de un siglo que los Reyes la eligieron para corte á causa de la pureza de su aire y la bondad de sus aguas, que son realmente incomparables, tan exquisitas para muchos que no saben gustar otras, llegando al extremo el Cardenal-Infante, cuando estaba en los Países Bajos, de hacérsela llevar en grandes tinajas de barro bien tapadas. Los españoles atribuyen la fundación de Madrid á un Príncipe llamado *Ogno Bianco*, hijo de *Tiberino* Rey de los Latinos, y de *Menta*, que fué una Reina célebre por su saber en Astrología. Dícese que Madrid está en el corazón de Europa, porque un pueblecito muy cercano llamado Pinto llamábase antiguamente *Punctum* por ser el centro de Europa.

Desde luego noté que la villa no está rodeada de murallas ni de fosos y que las puertas no cierran el recinto, estando además algunas destruídas. No hay castillos que indiquen una ostensible defensa, ni nada que no pueda destruirse á naranjazos. Pero serían inútiles las fortificaciones, porque las montañas que rodean la villa la resguardan, pudiendo los pasos que aquéllas abren cerrarse con una roca y defenderse con cien hombres contra el más numeroso ejército.

Las calles son largas, rectas y de bastante anchura, pero no las hay de peor piso en el mundo; por mucho cuidado que se tenga, el vaivén de los coches arroja el fango de los baches á los transeuntes. Los caballos llevan siempre las patas mojadas y el cuero enlodado; en las carrozas no puede transitarse tampoco si no se llevan todos los cristales cerrados ó las cortinas bajas; á pesar de las prevenciones advertidas, el agua entra muchas veces en las carrozas por las rendijas inferiores de las portezuelas, que pocas veces ajustan perfectamente.

Las puertas son bastante grandes y las casas muy bonitas, espaciosas y cómodas, pero construídas con ladrillo y tierra, siendo por lo menos tan caras como en París. Cuando se construye una casa nueva, el primer piso corresponde al Rey, quien puede alquilarlo y hasta venderlo á otro si el propietario no tiene el cuidado de adquirirlo pronto: esto produce al Monarca una renta considerable.

Hay en cada casa, generalmente, diez ó doce habitaciones para cada piso; en algunas hay hasta veinte y más. Distribúyense atendiendo á su situación en habitaciones de invierno y verano; con frecuencia también se reservan especiales para otoño y primavera; de manera que como á esta costumbre se une la de tener muchos criados, es preciso que se alquilen expresamente para ellos las casas vecinas.

Dos causas principalmente contribuyen á formar una muchedumbre de criados en cada casa. La primera consiste en que los españoles no les pagan más que dos reales diarios para vivir y mantenerse; y digo los españoles, porque los extranjeros les dan cuatro reales; tales estrecheces hacen á los pajes más ladrones que las urracas; pero no exceden mucho los pajes á los demás servidores, pues todos muestran la misma inclinación. El abuso es tan grande que, llevando los platos á la mesa, por el camino comen cuanto pueden, y como han de mascar las tajadas muy calientes, todos tienen la dentadura estropeada.

Aconsejé á mi parienta que se mandara construir un puchero de plata cerrado con cadena y llave como el que vimos al Arzobispo de Burgos, y me dijo que ya lo tiene, de

modo que, cuando el cocinero lo ha llenado, llevan la llave al dueño, viéndose aquél obligado á observar por una estrecha rendija si la sopa cuece bien ó está ya hecha. Por este procedimiento, los pajes han de contentarse con el humo, pero antes de generalizarse, con frecuencia ocurría que al ir los dueños á comer el guisado sólo encontraban la salsilla, porque los criados habían hecho presa en las tajadas, comiéndolas vorazmente; porque necesario es advertir que los españoles, tan sobrios cuando pagan lo que consumen, lo son muy poco en cuanto viven á costa de cualquiera. He visto á personas de calidad comer como lobos en un convite dado por mi parienta, excusando su hambre con el buen sabor de los manjares condimentados á la francesa.

Casi en todas las esquinas hay vendedores que despachan comida, y la cuecen en la misma calle dentro de grandes pucheros apoyados en trébedes. Allí acuden las gentes para proporcionarse algunas habas, ajos, cebollas y un poco de cocido en cuyo caldo remojan el pan. Los escuderos y las doncellas de las mejores familias comen también así, pues en las casas de los señores sólo se guisa para los dueños.

Aquí se bebe muy poco vino; las mujeres no lo prueban y los hombres lo ahorran; el mayor ultraje que se puede hacer á un español es llamarle borracho. Ya explicada una de las razones por las cuales abundan tanto los criados, veamos la otra.

Cuando un gran señor muere, aunque tenga cien criados, el hijo no despide á ninguno, agregándolos á los que ya tenía para su servicio. Si muere la madre, sus doncellas pasan á la casa de su hija ó nuera; y esto se repite hasta la cuarta generación. Hospédanse tales gentes en casas cercanas á la que su dueño habita y se les paga el sueldo asignado, sin utilizarlas nunca, pero ellas acuden con frecuencia para justificar que viven aún, haraganeando, pues otra cosa no hacen.

En casa de la Duquesa de Osuna (muy noble y alta señora) sorprendiome ver un ejambre de doncellas y dueñas que obstruían los corredores y las antesalas. Preguntéle cuántas mujeres como aquellas pagaba, y me contestó que 300,

pero algún tiempo antes 500. Si los títulos conservan tanto servicio, excusado es pensar que será mayor todavía el número de servidores del Rey. Sólo en Madrid paga 10.000 criados, para que le entorpezcan sus asuntos en lugar de facilitarlos.

Hay en palacio almacenes donde muchos van á buscar provisiones, que se ofrecen á cada uno según la calidad de sus títulos ó su empleo. Distribúyense allí hortalizas, aves de corral, caza, pescado, chocolate, frutas, hielo, carbón, aceite, pan, bujías, en una palabra, todo lo que se consume y necesita en el gasto diario. Los Embajadores tienen derecho á tales regalos y los Grandes de España también, y encargan á ciertas personas de la venta de lo que allí recogen, sin pagar impuesto alguno; lo cual les produce un ingreso considerable, porque los derechos de entrada son excesivos.

Nada más á los Embajadores y á los extranjeros se les permite que vayan acompañados por varios pajes, pues la Pragmática prohíbe á los españoles que lleven más de dos lacayos y un escudero. De modo que un gran señor sostiene 500 criados para no poder servirse más que de tres. El escudero no lleva espada como los lacayos, y son los tres tan viejos, con frecuencia, que pasan de los cincuenta años y muy pocos habrá que tengan menos de treinta. Son mal fachados y macilentos y se cortan el pelo por la parte superior de la cabeza, dejándolo crecer atrás y á los lados, peinándose raras veces. Los lacayos llevan larga espada suspendida en un tahalí y oculta bajo la capa. Visten de azul ó verde y con frecuencia sus capas de paño verde están forradas de terciopelo azul; llevan mangas de terciopelo, de raso ó de damasco; con todo lo cual parece que debería resultar un traje agradable, pero no recuerdo vestimenta peor conformada que la de tales hombres, cuyo aspecto innoble deshonra la librea que los cubre. Usan valona sin cuello y no llevan en su ropa ni ribetes de cinta, ni lucidos botones, ni guarnición alguna.

Los pajes siempre van en la carroza de acompañamiento y visten de negro todo el año; en invierno de terciopelo, llevando capas largas, que cuando están de luto arrastran por

el suelo. No llevan espada, pero la mayor parte sujetan un puñal á su cintura. En verano visten de tafetán ó de damasco y se cubren con una capa de tejido muy sutil.

Solamente los grandes señores y los titulados pueden servirse dentro de la ciudad de cuatro mulas y tiros largos para sus coches. Si alguien de humilde nacimiento quisiera infringir tal privilegio, por muy rico que fuese, tendría que sufrir en la calle la vergüenza de ver cortar los tiros, y veríase obligado además á satisfacer una multa no pequeña.

Aquí no basta ser rico si no se es noble. Sólo el Rey puede lucir seis mulas en su carroza y en las carrozas de su acompañamiento. No se parecen á las otras y se distinguen por estar forradas de hule verde y tener su cubierta abarquillada como las tartanas, pero no de mimbre como la de éstas. Su trabajo de talla es muy tosco y las portezuelas ábrense hacia abajo, todo lo cual sirve para darles un aspecto poco agradable. No comprendo cómo un Rey tan poderoso quiere servirse de tales carrozas, y aquí me dicen que, usándose de aquella forma en España en tiempo del gran Carlos V, cuantos reyes han subido al trono despues de aquel famoso Emperador quisieron conservar algunas de sus costumbres. Ciertamente, será necesario que medien razones muy atendibles para que se sirvan tan altos personajes de tan malas carrozas, teniéndolas hermosísimas algunos grandes señores que traen las suyas de Francia de Italia y de otras partes. Todas las carrozas se guardan en grandes patios donde hay cocheras cerradas, y esto sucede porque la mayor parte de los edificios no tienen cuadra ni puerta para entrar los coches. De algún tiempo á esta parte van reemplazando las mulas por caballos, y los hay admirables; nada les falta; difícil había de serle á un pintor idearlos más hermosos. Es casi un crimen uncirlos á las carrozas, que pesan como casas, y hacerlos andar por un pavimento infame, donde se desgastan sus cascos en menos de dos años. Son caros y no tienen bastante fuerza para lucir tirando de una carroza, pero los he visto enganchados en pequeñas calesas muy bonitas, pintadas, doradas y con capota de fuelle como las de Holanda,

y parecióronme ciervos, tanto corrían y tan erguida llevaban la cabeza. Saliendo de las puertas de la villa, cualquiera puede usar un tiro de seis caballos para su carroza. Los arneses no dejan nada que pedir, y como las crines de los caballos son muy largas, llévanlas trenzadas y recogidas con lazos de colores. Los arneses de las mulas son de cuero liso, muy anchos, hasta el punto de cubrirlas casi por completo.

Antes de ayer fuí á pasear con mi parienta, saliendo por la puerta de San Bernardino, pues allí se pasean las gentes en invierno. Vimos á D. Antonio de Toledo, hijo del Duque de Alba, que iba con el Duque de Uceda y el Conde de Altamira. Llevaba un tiro tan hermoso, que, admirada, le prodigué alabanzas cuando su carroza se acercó á la nuestra. Siguiendo la costumbre, el Duque me dijo que sus caballos estaban á mi disposición y él á mis pies; y cuando al anochecer volvimos á casa, los criados me anunciaron que un escudero preguntaba por mí; recíbele y me dijo atentamente que los seis caballos de su señor el Duque de Alba estaban en mi patio, destinados á mi regalo. Mi parienta echóse á reír, diciendo que, como yo acababa de llegar á Madrid, no sabía que á un caballero galante como D. Antonio jamás se le puede alabar nada en su presencia; por lo cual, en vista de mi acreditada ignorancia en estos particulares y del valor excesivo del presente, le rogaba que se volviera con los caballos, dando mil veces las gracias á su señor. Pero el escudero negábase; uno de nuestros lacayos los llevó y el escudero devolviélos. Hubiéramos pasado la noche rogando y agradeciendo, y los caballos de aquí para allá, si no se determinara mi parienta á escribir á D. Antonio, explicándole lo sucedido y aun enfadándose para demostrarle que de ningún modo aceptaríamos el regalo.

Me han dicho que cuando el Rey ha montado un caballo nadie lo hace servir, llevando á tan extremado punto el respeto á las cosas reales. Sucedió que habiendo comprado el Duque de Medina de las Torres un caballo de 25.000 escudos, parecióle tan hermoso y tan noble que lo hizo retratar. El Rey Felipe IV vió el cuadro y quiso ver el original; el



Duque suplicóle que lo aceptara y el Rey se negó, porque—dijo—pudiéndose pocas veces servir de tan hermosa bestia, y no montándolo nadie después de usarlo él, perdería el caballo todo su vigor.

Dedícanse jóvenes muy bellas y de familias hidalgas al servicio de aristocráticas señoras, y de ordinario se ocupan bordando en oro, plata y sedas de colores los cuellos y las mangas de camisa. Pero, si se las abandona á sus naturales inclinaciones, trabajan poco y hablan mucho. Tiénense también en las elevadas familias enanas y enanos que son muy desagradables. Ellos, sobre todo, me parecen feos hasta el punto de causarme repugnancia; su cabeza es mayor que todo el cuerpo. Ellas arrastran hasta elsuelo su pelo destrenzado; llevan trajes magníficos y son las confidentes de sus amas, por cuya razón obtienen cuanto desean.

En todas las casas, á horas fijas, todo el servicio femenino acompaña á su señora á la capilla, donde rezan todas el rosario en alta voz. En general no usan libro de oraciones. El Conde de Charny, que es francés, amable, discreto y general de la caballería en Cataluña, nombrado por el Rey de España, me contaba que, estando un día en la iglesia oyendo misa, tenía en la mano su libro de oraciones. Una vieja se acercó á él, arrebatóle su libro y, arrojándolo al suelo con indignación, le dijo: «Dejad estas cosas y coged vuestro rosario.» Es de ver el uso constante que aquí se hace del rosario. Todas las damas llevan uno suspendido de la cintura, tan largo que poco falta para que lo arrastren por el suelo. Van por las calles rezándolo, y cuando juegan al tresillo, cuando hablan y hasta cuando enamoran, murmuran ó mienten, rezan, recorriendo con sus dedos las cuentas del rosario. Figuraos cuánta será en tales circunstancias su devoción; pero aquí es la costumbre más poderosa que todo razonamiento.

Las mujeres llevaban hace algunos años guarda-infantes de un tamaño monstruoso, que las incomodaban, incomodando también, y no poco, á los demás. No había puertas bastante anchas para que pudiera pasar una mujer vestida con guarda-infante. Ahora ya no los usan más que cuando van

á ver á la Reina ó al Rey; pero de ordinario usan una especie de verdugados compuestos de cinco ó seis aros de alambre unidos unos á otros con cintas y que, partiendo de la cintura, van ensanchando hasta llegar al suelo y ahuecan los vestidos, debajo de los cuales pónense á veces varios de aquellos miriñaques; y extraña ver tan cargadas á criaturas de tan fina constitución como suelen ser las españolas. El vestido es liso, de tafetán negro cuando no de pelo de cabra gris, con una gran alforza todo alrededor, un poco más arriba de la rodilla, y cuando yo pregunté para qué servía el ancho pliegue, dijéronme que para ir alargando el vestido á medida que se rozaban sus bordes. La Reina madre lleva, como las demás damas, alforzas en sus vestidos, y las monjas de la orden del Carmen siguen también la misma costumbre hasta cuando viven en Francia. Pero tratándose de señoras elevadas, las alforzas son una moda y no una economía, porque no son avaras y tienen gran profusión de vestidos. Éstos arrastran por delante y por los lados, pero por detrás no llegan al suelo, y cubren perfectamente los pies, que tanto las mujeres aquí recatan. He oído decir que cuando ha tenido una dama todas las complacencias posibles con un caballero, mostrándole un pie le confirma su ternura, y esto es lo que se llama *el último favor*. Preciso es convenir en que no hay nada tan bello como aquellos piecitos primorosos, tan pequeños que sus zapatos no son mucho mayores que los de algunas muñecas. Llévanlos de tafíete negro forrados de seda de color, sin tacones y ajustados como un guante. Cuando las españolas andan, parece que vuelan; en cien años no aprenderíamos nosotras este modo de andar. Apretando los codos contra su cuerpo, corren sin levantar los pies del suelo, como quien resbala.

Y volviendo á tratar de su vestido, debajo de la falda lisa ya mencionada llevan una docena de faldas, generalmente muy hermosas, adornadas con cintas bordadas y puntillas desde el borde inferior hasta la cintura. Al decir una docena, no exagero; sólo durante los grandes calores del verano se limitan á ponerse cinco ó seis, habiendo siempre entre todas alguna de terciopelo ó de tupido y fuerte raso. Todo el año llevan

debajo del vestido más interior otro de tela blanca que se distingue con el nombre de *enagua*. Esta enagua es de preciosas puntas de Inglaterra ó de muselina bordada y tiene cuatro varas de vuelo. Algunas cuestan hasta 500 y 600 escudos. En casa no llevan las señoras miriñaque ni chapines, que son una especie de sandalias de brocado provistas de una plantilla de oro que las levanta tres pulgadas. Cuando llevan los chapines calzados, las mujeres andan mal y con mucho riesgo de caerse.

El corpiño es bastante alto por la parte anterior, pero por detrás deja en descubierto la mitad de la espalda, lo cual no es muy agradable, porque las españolas acostumbran á ser flacas y odian la gordura. Como también son morenas, el escote que muestran señalando los huesos tiene pocos atractivos para los que no están acostumbrados á ver tan escuálidas desnudeces. La carencia de pechos es otra de las condiciones que determinan aquí una belleza femenil, y las mujeres cuidan mucho de que su cuerpo no tome formas abultadas. Cuando los pechos empiezan á desarrollarse, los cubren con delgadas laminillas de plomo, y se fajan, como se les hace á los recién nacidos. Sus manos, adorables, no tienen defecto alguno; son pequeñas, blancas y bien formadas; las anchas mangas, que llegan hasta la muñeca, contribuyen á lucir, aumentándola en apariencia, su pequeñez. Estas mangas son de tafetán de colores, como las de las egipcias, y tienen puños de puntilla. El corpiño es generalmente de brocado, cuya seda ostenta vivísimos colores. Las personas de calidad usan ropa blanca, buena y abundante, pero la mayoría, carece casi en absoluto de ella, porque aquí las telas andan escasas y caras; y como además el español más pobre quiere cubrirse con fino lienzo, muchos hay que con el dinero que les bastaría para comprar seis camisas ordinarias compran una sola de las más finas, y se quedan en cama cuando hay que lavarla, ó se visten sin camisa. Las lavanderas tratan bastante mal la ropa que lavan, por muy fina que sea, poniéndola sobre piedras puntiagudas y golpeándola fuertemente, de modo que las piedras la despedazan. Y no es posible hacer una elección acertada entre to-

das las mujeres que se consagran al oficio de lavanderas, porque todas hacen por el mismo procedimiento el mismo daño, siendo á cual más bruscas y desmañotadas.

Vuelvo á tratar del traje de las señoras, cuya descripción he interrumpido varias veces haciendo algunas digresiones acerca de cosas que iba recordando. Diré, pues, que alrededor del cuello se ponen una puntilla de hilo bordada con seda roja ó verde, con oro y plata. Llevan cinturones contruídos con medallas y relicarios, y, además, el cordón de alguna orden religiosa, ya de San Francisco, ya del Carmen, etc. Estos cordones, de lana blanca, negra ó siena, cuelgan desde la cintura por delante del vestido hasta el borde inferior de éste, y tienen varios nudos y en cada uno de ellos muchas veces se pone un botón de pedrería. Llévanse tales cordones en cumplimiento de algún voto hecho al santo, pero con frecuencia, ¿cuál es el motivo del voto?

Las damas aquí tienen abundante y hermosísima pedrería y no llevan una sola joya como las francesas, sino nueve ó diez, unas de diamantes, otras de rubíes, perlas, esmeraldas y turquesas, muy mal montadas, porque aparecen casi totalmente cubiertas de oro; preguntándoles yo el motivo de cubrirlas así, me dijeron que se construían de tal manera las alhajas por ser el oro tan bello como las piedras preciosas, pero supongo que la verdadera causa de que se oculten los tamaños de la piedras bajo una capa de metal sería necesario buscarla en el atraso de los artífices que no saben trabajar mejor, exceptuando á Verbec, al cual, saber no le falta, y que haría cosas muy bellas si quisiera concluir cuidadosamente sus obras.

Las damas llevan prendidos en el cuello del corpiño alfileres muy adornados con rica pedrería, y pendiente del alfiler, sujetando su extremo inferior en un costado, pónense una cadena de perlas ó de diamantes. Nunca usan collares, pero adornan sus muñecas con brazaletes y sus dedos con anillos, colgando de las orejas largos pendientes, excesivamente pesados, y no sé cómo pueden sufrirlos. En estas joyas lucen todo lo que les parece bello. He visto algunas damas que llevaban colgados de sus aderezos relojes bastante

grandes, cadenas de piedras preciosas y hasta llaves de Inglaterra primorosamente labradas y campanillas. Llevan también *agnus* y pequeñas imágenes colgadas al cuello y á los brazos, y sobre la cabeza, peinada de distintos modos y siempre descubierta, muchas horquillas rematadas con moscas de diamantes ó con mariposas cuyos colores pintan rubíes y esmeraldas.

Ábrense raya, distribuyendo el pelo en dos partes por un costado de la cabeza, y echan la parte mayor hacia el otro costado, aplicándolo sobre la frente, de tal modo que forman con él una superficie brillante como un espejo. Otras veces adórnanse con una trenza postiza y dejan su cabello caído sobre los hombros. Generalmente hácense cinco trenzas, á cada una de las cuales anudan una cinta ó una rastra de perlas, uniéndolas por sus extremos á la espalda; y en verano, mientras las damas están retiradas en sus habitaciones, envuélvense en un pedazo de tafetán de color adornado con puntillas de hilo. No llevan cofia de día ni de noche. Algunas adórnanse la cabeza con plumas como los niños. Estas plumas son muy finas y jaspeadas de distintos colores, constituyendo un bonito adorno que podría muy bien hacerse de uso en Francia.

Las solteras y las recién casadas llevan hermosísimos trajes, y sus corpiños, de color, están bordados con oro. He ido á ver á la Princesa de Monteleón: es una joven de trece años y acaban de casarla con su primo hermano D. Nicolás Pignatelli; su madre es hija de la Duquesa de Terranova y está nombrada camarista mayor de la nueva Reina. Las Duquesas de Terranova, de Híjar y de Monteleón habitan la misma casa, con la joven Princesa y sus hermanas. La Duquesa de Terranova tendrá próximamente sesenta años, y como mi parienta es muy amiga suya, nos recibe con un agrado que no es en ella costumbre, pues tiene un carácter muy duro y bien escrito lo lleva en la cara. Su voz es ruda; habla poco: tiene talento y fácil penetración. Hame hablado del cargo que desempeñaría junto á la nueva Reina.—Nada descuidaré—decía—de lo que pueda ser agradable á mi señora, procurándole todo aquello que pueda pro-